

La Filosofía de Bergson.

Cuando apareció la filosofía bergsoniana en el cuadro intelectual de Europa, puede decirse que el pensamiento filosófico, tomado en conjunto y prescindiendo de algunos pensadores aislados de escasa difusión, o bien se mantenía en la pura abstención sistemática del positivismo o bien, cuando trascendía a la metafísica, erigía en absolutos determinados principios o hipótesis de las ciencias físicas. De ambas actitudes derivaba, como resultado final, la convicción a la vez científica y filosófica de que la totalidad del mundo puede ser interpretada como una composición mecánica de fuerzas. Fluía además la consecuencia metafísica, más lejana pero inevitable, de que la estructura esencial de la realidad es de naturaleza intelectual, puesto que al fin y al cabo, la mecánica no es sino el esfuerzo del pensamiento científico por reducir la totalidad de las manifestaciones físicas a una identidad primordial de carácter lógico. Y en fin, la concepción mecánica llevaba implícita junto con la afirmación ontológica relativa a la estructura intelectual del mundo, la concerniente a la perfecta adecuación entre la realidad y nuestra inteligencia; con lo cual se venía a otorgar a esta facultad el completo monopolio del conocimiento así en el campo de la materia inerte, como en los dominios misteriosos de la vida.

Contra esta concepción mecanista aplicada a la explicación de la vida y contra el intelectualismo ontológico y epistemológico que le es inherente, reacciona con admirable originalidad y eficacia la filosofía de Bergson. Mediante un análisis de incomparable penetración y finura, comienza el filósofo por destruir la ilusión intelectualista que introduciendo la cantidad y la medida en la realidad puramente cualitativa de la conciencia, acaba por deformar completamente la imagen de la vida interior, congelando las fases de su incontenible devenir y reemplazando su heterogeneidad indistinta y fluída por la falaz exterioridad de estados impenetrables y distintos. Con lo cual la conciencia—que es cambio, duración, continuidad—se inmoviliza y proyecta en un tiempo homogéneo y vacío, que no es el tiempo real sino tan sólo una cuarta dimensión del espacio.

Pero esa crítica estaba animada por una profunda intuición de la naturaleza verdaderamente inexpresable de la vida interior. Esa intuición descubre que la vida interior es esencialmente cambio y mutua penetración de sus contenidos. Es decir que los estados psicológicos no se suceden kaleidoscópicamente sino que, como en una melodía, se funden, se contienen e impregnan los unos en los otros. Mutua penetración y continuidad tanto más evidentes y completas cuanto más profundamente penetramos en la intimidad del yo, o lo que es lo mismo, cuanto más lejos vivimos del contacto entre las capas superficiales de la conciencia y la exterioridad espacial de los conceptos recortados de la inteligencia y de los esquemas impersonales de la actividad interesada.

Duración real (*durée réelle*) llama Bergson a esta incesante renovación de la conciencia, a este devenir que

es la vida misma en su radical espontaneidad. Y asienta que la duración y la libertad son inseparables y hasta idénticas, puesto que la duración es devenir imprevisible y desde que el acto libre no es en realidad otra cosa que una creación del devenir en que la totalidad de la vida se expresa y, a la vez, se renueva.

La riqueza y la virtualidad de esta intuición desbordan los límites de la simple psicología para iluminar los más difíciles problemas de la metafísica. Y así vemos como ella, en el libro genial *Materia y Memoria*, alcanza una visión de incalculable trascendencia y profundidad en la oscurísima cuestión de las relaciones entre el espíritu y el cuerpo. La conciencia es duración, el cuerpo o más exactamente la materia, es extensión. La conciencia es memoria, conservación del pasado en el presente, enriquecimiento continuo por la presencia de un pasado cada vez más grande en cada momento de la vida. El cuerpo, en cambio, no es sino un instrumento de acción; ni conserva ni mucho menos almacena las imágenes del pasado en las células cerebrales sino que únicamente actúa como un mecanismo que favorece la selección de los «recuerdos mediante los dispositivos que ofrece a la tendencia general de actualización que anima el pasado latente de la conciencia.

Ni el motivo ni la extensión de este trabajo me permiten la exposición detallada de la teoría bergsoniana sobre la relación del cuerpo al espíritu. Sólo quiero referirme—y muy brevemente—a la teoría de la percepción pura y del recuerdo puro, que nos permite comprender al mismo tiempo la profunda separación y lo que podríamos llamar la conciliación metafísica y psicológica entre los dos grandes dominios de la realidad, la materia y el espíritu. La percepción pura recogería el puro presente de la



materia, como ésta carecería de duración, o mejor sería la materia misma que es un presente que recomienza sin cesar. El recuerdo puro sería un puro pasado, una mera virtualidad, una tendencia a actualizarse en percepción, pero en sí mismo impotente si el cuerpo, o más especialmente el cerebro, no le ofreciera un medio apropiado para su inserción y, por decirlo así, su materialización en el mundo de la actualidad, que es por esencia el mundo de la acción.

Si sólo tuviéramos percepciones puras, nos confundiríamos con el puro presente, que es la materia; si sólo tuviéramos recuerdos puros viviríamos en una completa desconexión de la acción, en una atmósfera de sueño. Pero lo cierto es que no somos ni un puro presente ni un sueño vagabundo y flotante, que vivimos en el mundo de la actualidad y de la acción porque la virtualidad de nuestro pasado se inserta en el presente y porque nuestro presente, nuestro cuerpo, ofrece a cada instante una invitación motriz a la muchedumbre innumerable y en tensión de nuestros recuerdos.

Y he aquí como dentro de este criterio que podríamos llamar dinámico se resuelven las antinomias en que se analiza la oposición fundamental de materia y de espíritu cuando separando sus extremos de los conceptos en que se fijan, los reincorporamos en el movimiento del proceso integral en que realmente se dan. Así, la antinomia entre lo inextenso y lo extenso se resolvería mediante la categoría dinámica de la extensión concreta que es algo intermedio entre lo inextenso puro de la conciencia y la pura espacialidad en que parece residir la materia. En esta extensión concreta e indivisible participarían tanto las sensaciones—que no son totalmente extrañas a la extensión sino extensivas—es decir referibles a lo extenso y capaces

de darnos una noción y un sentimiento de la extensión— como la materia misma—que no coincide con el espacio geométrico, abstracto y arbitrariamente divisible. Así, la antinomia entre cualidad y cantidad se resolvería mediante la idea de tensión que nos permite interpretar la diferencia entre las cualidades sensibles que son el contenido de nuestra representación y estas mismas cualidades consideradas como cambios calculables en la materia, como una diferencia de duración y ritmo. Las cualidades sensibles de nuestra representación constituirían la condensación por la memoria, de un número infinitamente grande de momentos que separados en cierto modo en la materia se contraen en la indivisible síntesis de la percepción. Y así en fin, la oposición entre necesidad y libertad se atenúa y finalmente se resuelve considerando que el cuerpo es en definitiva un instrumento de la libertad, la misma que, gracias al perfeccionamiento progresivo del sistema nervioso y a la multiplicación de las vías motrices por las cuales pueden realizarse las respuestas a las diferentes excitaciones alcanza en la materia viva su triunfo creciente. “ Ya se la mire en el espacio o en el tiempo, dice Bergson, la libertad parece siempre echar en la necesidad raíces profundas y organizarse íntimamente con ella. El espíritu toma de la materia las percepciones de donde saca su alimento y las devuelve en forma de movimiento en el que ha impreso su libertad”. (1).

En la teoría bergsoniana sobre la vida encontramos la misma intuición que anima y orienta los admirables análisis de *Los Datos Inmediatos de la Conciencia* y de *Materia y Memoria*: la duración, el tiempo real es cambio in-

(1) Matière et Memoire, París 1919, pág. 279.

cesante, novedad imprevisible y memoria, es decir, conservación del pasado en el presente, enriquecimiento continuo en que cada instante a la vez que condensa la totalidad de lo ya acontecido, lo transfigura y renueva.

La vida es esencialmente duración, impulso creador. Pero ese impulso encuentra la resistencia de la materia que tiende a la repetición y que está sometida al determinismo de las leyes mecánicas. Entonces el impulso vital se bifurca en las varias direcciones que constituyen los diferentes reinos de la vida; en cada una de ellas realiza una parte de su infinita virtualidad de creación pero en cierto modo se paraliza y detiene como si no pudiera levantar el peso de la inercia que la materialidad opone a su progreso. Sólo en el ser humano prosigue sin término la aventura creadora del impulso vital porque sólo en el hombre llega a ser el cuerpo un instrumento y un vehículo de la libertad.

La vida contiene virtualidades innumerables pero ellas no se realizan conjuntamente. En cada dirección, en cada línea divergente de la evolución vital, triunfan ciertas virtualidades y otras quedan en el olvido. Así aparecen las plantas con su tendencia a la extracción directa de elementos energéticos para ser utilizados en servicio de la fundamental indeterminación de la vida, los animales con su tendencia a la mayor movilidad y con la consiguiente acentuación de la conciencia y en fin el hombre, que gracias a una mayor complicación y perfección de su sistema nervioso, que abre a la actividad libre vías innumerables, hace posible la indefinida expansión del esfuerzo creador de la vida.

De la misma manera que la planta y el animal explicitan cada uno por su lado cierta determinada virtualidad de la vida, así el instinto y la inteligencia—confundidos

primitivamente en una confusa unidad germinal—explicitan dos posibilidades de conocimiento y dos formas complementarias y en cierto modo opuestas de actuación de la vida por relación a sus propias creaciones y a la materia en que ellas se realizan. El instinto sigue las líneas interiores de la organización vital, es la vida misma en su íntimo trabajo de expansión y propagación. La inteligencia, por el contrario, se orienta hacia la fabricación, es decir a la invención de dispositivos mecánicos, extraños a la organización misma y aptos para ser utilizados en servicio de fines separados. Mientras el instinto se confunde con el trabajo creador de la vida, la inteligencia se plasma sobre la materialidad y por eso fracasa cuando intenta estudiar mediante los métodos apropiados para el tratamiento de la materia inerte, la realidad fluída de la evolución vital. El instinto es más bien inconsciente, la inteligencia, consciente. Pero como en la vida no hay extremos abstractos sino sólo diferencias de acentuación y de tendencia, resulta que en torno a la conciencia intelectual existe como un margen de saber instintivo. Por lo cual se da para la filosofía la posibilidad de reanimar las virtualidades de conciencia de esa nebulosa, de convertir así el instinto en intuición que nos permita la comunicación simpática con todos los vivientes y, mediante ella, una como inmersión mística en la profunda y secreta realidad metafísica de la vida.

Esta inmersión mística en la profunda realidad metafísica de la vida tiene una doble eficacia: en cuanto al conocimiento y en cuanto a la acción. En cuanto al conocimiento porque nos instala en la verdadera realidad de la existencia y en cuanto a la acción porque nos impulsa a continuar, ya sea en la vía de la creación estética, ya sea

en la vía de la creación moral y del heroísmo, el soplo divino de creación y de expansión.

No he pretendido hacer un resumen de la filosofía bergsoniana ni siquiera aludir brevemente a todos sus aspectos psicológicos, metafísicos y estéticos. Solamente he querido mostrar, a través de las fases de su progresiva realización, la profunda y viviente unidad de su inspiración fundamental. Esa unidad no es una idea abstracta—como aquellas que suelen servir de fundamento a los sistemas del pensamiento deductivo—sino una intuición, o si preferimos una experiencia primordial no intelectual que colocándose en el corazón mismo de la vida evoluciona como la vida misma e irradia hacia planos cada vez más distantes una luz siempre nueva y la misma. Y esa intuición no es en el fondo otra cosa que un cierto vivir—o un sentir—al propio tiempo la incoercible fugacidad y la irrompible, la maravillosa continuidad melódica de la vida. Intuición, experiencia, aprehensión con que el filósofo sorprende la íntima, la inexpressable renovación del yo profundo, esclarece de modo admirable el oscuro problema de la relación entre el alma y el cuerpo y por fin, en un esfuerzo integral por incorporarse en el torrente universal de la vida, asiste al misterio de su prodigioso acontecer y nos ofrece no sólo la interpretación filosófica sino la transcripción poética y sinfónica de su gran aventura.

Con esto la filosofía de Bergson se nos ofrece como una grandiosa reivindicación de la vida, es decir de esta misteriosa potencia de creación que, en la naturaleza y en el alma, y a través de la inercia y de la necesidad, prodiga la incesante, la imprevisible maravilla de sus formas. Y de esta suerte, además esta filosofía se nos aparece como una nueva y grandiosa revelación del espíritu que, en cuanto

conciencia y libertad es no sólo la vida misma sino la intención final de la vida—algo así como la vida de la vida; porque siendo la propia raíz de la vida la trasciende al fin con la majestad de sus valores y la infinita irradiación de sus creaciones.

Y aquí podría dar por terminado el presente trabajo, pero me parecería incompleto si no agregara dos observaciones, necesarias para una apreciación en conjunto de la doctrina bergsoniana y que las formulo, no con un propósito de rectificación sino en la creencia de cumplir la propia intención del filósofo, para quien su filosofía no era un todo acabado sino algo así como un esquema dinámico capaz de prolongarse y perfeccionarse indefinidamente.

Me parece que Bergson no concede suficiente importancia a la capacidad y, si se me permite la expresión, a la vocación plástica de la vida. La vida no sólo empuja a la materia, no sólo se filtra a través de las mallas del mecanismo material, sino que plasma la materia y la configura según una intención de forma. Bergson pone el acento en la musicalidad de la vida y no se fija con suficiente delectación en las formas de la materia que sin duda inmovilizan por un instante su impetuoso correr, pero que por eso mismo fulgen en medio al torrente de las apariencias como islas de armonía y de perfección. Bergson identifica la vida con la absoluta movilidad y por eso desdeña, sobre todo en cuanto a las creaciones plásticas de la naturaleza, aquellas que parecen aprisionar para siempre su fluir creador.

Bergson ha estudiado con genial profundidad lo que él llama duración y que no es otra cosa que la continua, incesante renovación de lo real. Pero entre los caracteres de esa duración no ha señalado el ritmo; y toda duración,

todo tiempo vivo es esencialmente ritmo, pulsación, alternación de términos opuestos a través de los cuales se afirma y por decirlo así resucita para volver a morir y resucitar indefinidamente la eterna juventud de la vida. Y es tanto más notable el olvido de este carácter alternante, rítmico de la vida, cuanto que sólo gracias al ritmo puede participar el hombre en el misterio de la perenne renovación cósmica.

La vida no es exactamente un río, es más bien comparable a un océano en cuyo majestuoso ir y venir se insertan los cambios cíclicos de las estaciones, el oleaje en que las generaciones ascienden y se abisman y la fluctuación que acompasa la melodía interior del alma.

Hubiera deseado poner de relieve la importancia del sentimiento bergsoniano de la totalidad orgánica de la vida interior, que no permite fraccionarla en elementos independientes y dispersos. Hubiera querido dedicar más espacio al método bergsoniano de la intuición, que permite la aprehensión irracional del devenir. Y en fin hubiera deseado referirme a la doctrina sobre la génesis ideal de la materia. Razones de tiempo y de espacio me impiden hacerlo. Y así estas cortas páginas no tienen la pretensión de ser un estudio acabado de la filosofía de Bergson. Como ya lo dijimos sólo siguen la línea central de su movimiento. Y, en su propósito final, sólo aspiran a captar, con la esencia de su genial originalidad, sus valores de exaltación metafísica y estética de la vida.

MARIANO IBERICO.